

ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA

VOLUMEN XVII (2)

Editores

Bernardo Adrián Robles Aguirre

Maía Elena Sáenz Faulhaber

Liliana Torres Sanders



Instituto Nacional
de Antropología
e Historia

 **CONACULTA**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
ASOCIACIÓN MEXICANA DE ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA
MÉXICO 2015

CUANDO EL OTRO NO IMPORTA. LA NEGACIÓN DEL OTRO EN LA VIOLENCIA

Amaceli Lara Méndez^a y Diana Monserrat González Lozano^b

^aDirección de Antropología Física-Instituto Nacional de Antropología e Historia

^bPasante de Antropología Física

RESUMEN

El presente trabajo constituye una reflexión teórica acerca de la empatía y su manifestación en la convivencia de los seres humanos actuales. Para ello, hemos recurrido a diversas disciplinas científicas cuyos aportes nos permiten analizar la expresión de la empatía desde la estructura cerebral humana, sistema de donde ésta surge según el discurso neurológico; hasta retomar algunos argumentos sociales y culturales que mencionan cómo las sociedades actuales, a través de los medios de comunicación en masa, han creado un proceso de nulificación de la empatía, expresada en la convivencia cotidiana de los ciudadanos.

PALABRAS CLAVE: Empatía, inactivación social de la empatía, individualismo.

ABSTRACT

This paper has to do with a theoretical review about the empathy and its expressions through the interaction among human beings in everyday life. The interdisciplinary subject guides us through several theoretical frames to analyze structural brain systems where the empathy appears according to the neurological discourse, until we take some social and cultural arguments which describe how the actual societies have created the processes of nullification of empathy, showed in the everyday life behavior among the citizens.

KEYWORDS: Empathy, inactivation of social empathy, individualism.

INTRODUCCIÓN

A partir de observaciones de comportamientos cotidianos en la zona metropolitana de la Ciudad de México, el presente trabajo es una reflexión teórica de corte transdisciplinar acerca de los comportamientos que a diario vemos y que sin embargo son difíciles de explicar: ¿por qué no ayudamos a alguien a cruzar la calle cuando lo necesita (personas ciegas o mayores)?, ¿por qué no damos el asiento a quien está cargando un bebé o a algún anciano en el transporte

público?, ¿por qué obstruimos con los autos las rampas de las banquetas que utilizan las personas con discapacidad?, ¿por qué ocupamos dos lugares en los estacionamientos?, ¿por qué obstruimos las puertas en los camiones o en el metro?; acumulando una serie de ¿por qué?, difíciles de contestar en un primer momento.

De esta manera, recurriendo a la neurología, psicología, psicoanálisis, antropología y a la sociología, haremos una breve revisión de lo que se ha calificado como la “empatía”¹ a nivel neuronal, así como su relación con la educación dentro de la dimensión social, y por supuesto cultural, tratando de explicar el por qué hemos llegado a la dimensión de la indiferencia y cuáles serán sus posibles consecuencias en la sociedad actual. Asimismo, pensamos que este tipo de reflexión servirá a los antropólogos físicos interesados en el tema de la violencia, para tener más elementos de explicación teórica acerca de los comportamientos que presentamos en sociedades cada vez más individualistas, como lo es la sociedad mexicana actual.

BASES NEURONALES DE LA CONSTRUCCIÓN EMPÁTICA

En este punto haremos una revisión de los acontecimientos científicos que han dado como resultado la identificación del área cerebral del *Homo sapiens* en la que se alojan las llamadas “neuronas espejo”.²

Cartografiando las regiones del cerebro humano mediante la *Resonancia Magnética funcional (RMf)*, se descubrió que las áreas humanas de las que se suponía que contenían neuronas espejo también comunicaban con el sistema límbico o emocional. Esta condición en el cerebro facilitaba la conexión con los sen-

¹ En este sentido, partimos de la definición de “empatía” como un conjunto de procesos complejos que hacen posible la aprehensión intelectual o imaginativa de la condición o estado mental del otro. Tales procesos involucran emociones, razonamiento racional, comprensión y percepción del otro integrados en el nivel somático y visceral. Las direcciones de las investigaciones enfocadas a su estudio divergen en aquellas que consideran tema de interés a la empatía como motor de comportamientos relacionados con la ayuda, y aquellas que la vinculan con el comportamiento antisocial (Martinovski 2006).

² En 1996, investigadores informaron del descubrimiento de un tipo de células del cerebro denominadas “neuronas espejo” (Gallese 1996), situadas en el área F5 de la corteza premotora. Este tipo de neuronas se “disparaban” o activaban no sólo cuando un macaco, utilizado para su observación en el laboratorio, realizaba una acción, sino también cuando observaba a otro realizando la misma acción. Sus neuronas reflejaban, como en un “espejo”, la actividad que estaba observando, desencadenando el mismo patrón de actividad neuronal, pero esta vez sin necesidad de emitir la acción motora.

timientos de otra persona, probablemente reflejando o permitiendo comprender qué estaba pasando con éstos. Se cree que estos circuitos neuronales constituyen la base del comportamiento empático, en el cual las acciones en respuesta a la aflicción de los demás son prácticamente instantáneas. Según, Goleman (2006: 60 *apud* Olson 2008): “el que (el) flujo de la empatía a la acción ocurra de modo tan automático hace pensar en unos circuitos dedicados precisamente a esta secuencia.” Por ejemplo, cuando uno oye el grito angustiado de un niño, “la aflicción que siente impulsa la necesidad de ayudar”.

A las neuronas “espejo” también se les llamó “neuronas de empatía” o “neuronas Dalai Lama”, porque esencialmente eran parte de una red que favorecía ver el mundo “desde el punto de vista de otra personas”, de ahí el nombre “neuronas espejo” (Ramachandran 2006 *apud* Olson 2008). Rizzolatti, el neurocientífico italiano que descubrió las neuronas espejo, señalaba que este sistema de “cableado” es lo que nos faculta para “captar las mentes de los demás no a través de un razonamiento conceptual sino a través de una estimulación directa de los sentimientos, no con el pensamiento” (Rizzolatti *apud* Olson 2008). Esto quiere decir que en el cerebro existen procesos cognitivos que permiten la percepción, comprensión, aprendizaje y repetición del comportamiento con respecto a los otros.

¿Por qué fue tan importante este descubrimiento?, porque se podría dar una explicación neurológica acerca de la empatía como un sentimiento que nos ayuda a “forjar conexiones con gente cuyas vidas parecen totalmente ajenas a nosotros” (Decety y Lamm 2006: 2). Cuando se carece de una experiencia comparable, esta “empatía cognitiva” se construye sobre la base neural y nos deja “proyectarnos activamente dentro de otra persona”, intentando imaginar la situación de la otra persona (Preston, en prensa *apud* Olson 2008), Preston y de Waal (2002). La empatía esta “dirigida hacia el otro” y reconoce la cualidad humana del otro (Olson 2008).

Hay estudios que demuestran que la empatía está presente en niños de muy corta edad, incluso de 18 meses o aun menores. En el mundo de los primates, Wameken y sus colegas en el *Instituto Max Plank de Leipzig*, Alemania, hallaron recientemente que los chimpancés prestan ayuda incluso a chimpancés no emparentados y a humanos que no conocen, aun cuando eso les supone una molestia y sin que tengan expectativas de recompensa. Eso sugiere que la empatía puede explicar esta tendencia natural de ayudar, y que fue un factor en la vida social del antepasado común de chimpancés y humanos cuando sus líneas se dividieron, hace unos seis millones de años (New Scientist 2007; Warneken y Tomasello

2006 *apud* Olson 2008). Actualmente ya no se cuestiona que compartimos las facultades morales con otras especies (de Waal 2006 *apud* Olson 2008; Trivers 1971; Katz 2000 *apud* Olson 2008; Bowles y Gintis 2005; Hauser 2006; Bekoff 2007; Pierce 2007: 6).

Además, Grafman (2007) y otros científicos de diversos institutos nacionales de salud han proporcionado pruebas persuasivas de que las acciones altruistas activan una parte primitiva del cerebro, dando lugar a una respuesta placentera. Las investigaciones de Koenigs y sus colegas (2007) indican que la zona de la corteza prefrontal ventromedial (VMPC) es necesaria para las emociones y los juicios morales. Los daños en la VMPC (por sus siglas en inglés) se han relacionado con comportamientos psicópatas, y los individuos con tendencias psicópatas muestran una gran carencia de empatía (Blair 2005: 53-56 *apud* Olson 2008).

Un estudio a cargo de Miller *et al.* (2001 *apud* Olson 2008) sobre la demencia frontotemporal (DFT, por sus siglas en inglés) también resulta instructiva. La DFT ataca los lóbulos frontales y los lóbulos temporales anteriores, donde reside la conciencia de sí mismo. Un primer síntoma de la DFT es la pérdida de empatía, similar a lo que ocurre con la actividad de las ondas cerebrales de las neuronas espejo en los individuos autistas, la cual muestra que no disparan correctamente.

Por lo anteriormente expuesto, uno de los problemas que quedan por explicar es: ¿por qué a pesar de todo se ha avanzado tan poco en lo que supone extender esta orientación empática hacia las vidas distantes, o hacia aquellos que se encuentran fuera de determinados círculos sociales o culturales?

Es decir, dado un mundo colmado de violencia abierta y estructural, nos vemos obligados a explicar por qué nuestra intuición moral profundamente arraigada no tiene mayor efecto de mejora, sino al contrario, por qué no produce un mundo más pacífico. Iacoboni *et al.* (2005) sugieren que la posible explicación que detona la interacción entre los mecanismos biológicos de la empatía con las manifestaciones comportamentales, se debe a la intensa exposición a los sistemas masivos de creencias, incluidos los políticos y los religiosos que operan a nivel de reflexión y deliberación. Como nos recuerda De Waal (2007: 50 *apud* Olson 2008) desde el punto de vista evolutivo, la empatía es el punto de partida original del cual emanaron la cultura y el lenguaje; pero a lo largo del tiempo, la cultura se ha filtrado y ha influido en el modo en que la empatía ha evolucionado y se ha expresado. Los sistemas de creencias antes mencionados (políticos, religiosos, medios de comunicación) tienden a invalidar los rasgos automáticos, pre-reflexivos, neurobiológicos que deberían unir a la gente. Iacoboni *et al.* (2005) además plantean como hipótesis la presencia de lo que él denomina

“superneuronas espejo” en el lóbulo frontal del cerebro. Estas superneuronas espejo, más complejas, muy desarrolladas, tal vez controlen a las neuronas llamadas de bajo nivel o clásicas. Esta investigación podría considerarse como la cúspide de los trabajos más avanzados en neurociencias, aún así se encuentra en una fase preliminar, pero es posible que los futuros estudios sugieran cómo la resistencia cognitiva consigue clasificar, inhibir o modular de otro modo las respuestas neurofisiológicas.

Si bien se ha identificado neurológicamente el área en la que se encuentran alojadas las neuronas espejo, también se han realizado investigaciones acerca de cómo se activa socialmente la empatía. A continuación, presentamos una reflexión basada en las teorías sociales sobre este tema.

BASES SOCIALES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA EMPATÍA

Como Rizzolatti y Craighero (2004) han señalado: “para usar el mecanismo de espejo (un mecanismo biológico) estrictamente de una forma positiva, hace falta añadir algo, algo cultural”. El contexto social y las condiciones que desencadenan las respuestas comportamentales de los seres humanos son críticas, ya que, cuando existe una manipulación de la élite, de quienes tienen el poder consciente y masivo, se vuelve cada vez más difícil entrar en contacto con nuestras facultades morales. Staub (2002: 222 *apud* Olson 2008), pionero en este campo, admite que: “incluso si la empatía tiene sus raíces en la naturaleza, las personas no se guiarán por ella, a menos que tengan un cierto tipo de experiencias vitales que dirijan su orientación hacia otros seres humanos y hacia sí mismos”. Como dice Jensen (2002 *apud* Olson 2008): “el modo en que se nos educa y se nos entretiene evita que nos enteremos, o que entendamos, el dolor de los demás”.

El reciente trabajo de Molnar-Szacks *et al.* (*apud* Olson 2008) sugiere que los estímulos culturales producen una impronta e influyen en determinadas respuestas neurobiológicas, y en el comportamiento subsiguiente. Además, la cultura y la identidad étnica de quienes transmiten el mensaje parecen constituir una variable crítica.³

En otras palabras, la epigénesis conexional asegura la génesis de la cultura y su transmisión a través de las generaciones sucesivas. Los procesos de estabilización selectiva se traducen en organizaciones anatómicas y funcionales propias

³ Empleando la Estimulación Magnética Transcranial (EMT) encontraron diferencias significativas mensurables en la actividad de las neuronas espejo de sus sujetos; estas variables se presentaban según la persona que transmitía la información, compartiera o no, las características culturales y étnicas del sujeto.

de los dispositivos frente a los que se encuentra el agente en un momento dado. Cada sujeto es singular debido a las experiencias vividas, especialmente en los primeros dos años de vida. Las experiencias son apropiaciones selectivas por selección neuronal y sináptica sobre la evolución darwiniana. La experiencia particular, o la ausencia de la misma, a la que el sujeto es sometido, deja trazos, verdaderas “lesiones” prácticamente irreversibles en el cerebro adulto. Una huella epigenética⁴ de origen intersubjetivo puede marcar el cerebro más profundamente que una alteración genética, compensadas éstas, muchas veces, de manera epigenética en el curso del desarrollo.

Ahora bien, recordemos que los seres humanos si bien tenemos procesos de aprendizaje distintos, recurrimos a la repetición como experiencia y comprobación de lo aprendido. Nuestro cuerpo, por medio de la experiencia, se convierte en un vehículo eficaz para lograr nuevos conocimientos. De esta forma podemos decir que también aprendemos a ser o a no ser empáticos con los otros.

La manifestación del producto del trabajo de las instituciones sociales en los cuerpos se da con el carácter circunstancial y “arbitrario” del aprendizaje y la adquisición del individuo desde la lengua materna, la escritura, los sistemas simbólicos religiosos o filosóficos que provienen del contacto participativo y la apropiación de las reglas de los distintos campos sociales en los que participa. Según Bourdieu, se trata de un necesario e inmenso trabajo preparatorio en el que opera una transformación durable de los cuerpos y que produce disposiciones permanentes. Estas disposiciones están abiertas a la acción simbólica que las despierta y es reactiva en la interacción social (Bourdieu 1997 *apud* Álvarez-Larrauri y Macellari 2009: 194). Algunas de nuestras acciones mentales y nuestras prácticas en el mundo social no son totalmente conscientes, sino que emergen inconscientemente por sistemas complejos internos y se acoplan a las relaciones sociales. El *habitus*⁵ trabaja en el espacio y con otros, lo que contribuye a su construcción del cuerpo que no tiene una sola identidad. Vivimos en una interrelación entre nuestros sistemas y los de afuera (Álvarez-Larrauri y Macellari 2009). El *habitus* es un locutor-interlocutor dotado de mecanismos cognitivos que anticipa y produce estrategias persuasivas en un acto comunicacional que

⁴ Para Changeux, la epigénesis se ocupa de aquellas estructuras y funciones que no están pre codificadas por los genes, ya que dependen de la interacción del organismo con el medio ambiente por medio de la acción y el aprendizaje individual (Changeux 2005 *apud* Álvarez-Larrauri y Macellari 2009).

⁵ Según Bourdieu (2006: 44), el *habitus* lo podemos definir como: “[...] aquellas disposiciones socialmente instituidas mediante estrategias metódicas de inversión educativa, que inclinan a los agentes a producir el trabajo continuo de sostenimiento de las relaciones [...]”.

reenvía tanto a una transferencia de información como al establecimiento de una relación. La comunicación funda y organiza los procesos mismos. La condición subtiende las atribuciones afectivas que acompañan los intercambios comunicacionales que pueden ser de negociación, concesión, acuerdo, reconciliación, turbulencia, polémicas, conflictos y rupturas. Los procesos cognitivos son situados y distribuidos dependiendo de las circunstancias y las transacciones. La relación designa la naturaleza del vínculo (Chabrol *et al.* 1997: 12 *apud* Álvarez-Larrauri y Macellari 2009: 198).

Es decir, el *habitus* como un proceso de enseñanza-aprendizaje culturalmente moldea a los individuos, en la manera de percibir comportamientos y situaciones en los que cada uno de nosotros responderá o nulificará su respuesta, de acuerdo a la percepción o no de ayuda, comprensión, legitimación, etcétera, hacia el otro en el establecimiento de sus relaciones.

En este sentido, cada proceso de interacción es una emergencia compleja que sigue pautas construidas gracias a disposiciones biológicas y modeladas por la experiencia histórica de cada *habitus*. Estas pautas de prácticas las concebimos como estrategias, pero las estrategias adoptadas para la convivencia entre los seres humanos también pueden hacer que se establezcan o surjan pautas de manera negativa, que por supuesto también afectan y demeritan la convivencia entre los seres humanos.

Si bien es cierto que no se ha demostrado que los medios de comunicación sean totalmente responsables de lo que aprenden los niños en cuanto a repetir comportamientos, el entorno donde los pequeños se desarrollan sí. Recordemos que en nuestro país, los niños juegan a: “ser sicarios”, “ser secuestradores”, “ser narcotraficantes”. Por lo que cabe preguntarnos en este punto, ¿de qué manera inactivamos la empatía en el *Homo sapiens* actual?

BASES SOCIOCULTURALES PARA LA INACTIVACIÓN DE LA EMPATÍA

Ahora bien, analicemos o recapacitemos sobre las condiciones en las que se encuentra la sociedad mexicana actual, cuyos ciudadanos se ven influenciados en cualquier aspecto de su vida cotidiana por los medios de comunicación en masa.⁶ La televisión es una de las actividades favoritas de los mexicanos, pero pocos

⁶ Actualmente, entre la población mexicana se ve la televisión, se utiliza la computadora con acceso al internet, se “juega” con video juegos o se utilizan teléfonos móviles indiscriminadamente. Es decir, nadie ha dicho a las personas cómo utilizar “racionalmente” todos estos medios de comunicación, mucho menos cuáles son las consecuencias que su uso, o mejor dicho, que su abuso puede ocasionar, por lo tanto, la vida cotidiana de millones de familias pasa frente a estos medios.

se dan cuenta de que a través de ella se estimula o se les expone a la violencia, como lo hemos mencionado en el punto anterior. Basándose en las estadísticas del INEGI (Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo 2002 y 2003), Rodríguez (2014) menciona que para el 2009-2010 el tiempo promedio que permanece el televisor encendido dentro de un hogar común en la ciudad de México es de 9.23 horas diarias, lo cual representa un incremento en relación con los años anteriores. En este mismo sentido, en el año 2009 la medición IBOPE-AGM indicó que las telenovelas ocuparon los lugares estelares en cuanto a preferencia, seguidas de los programas de deportes, así como los noticieros.

Estos datos reflejan un panorama sobre cómo el contenido incluido en los medios de comunicación puede promover un comportamiento en el cual el espectador puede llegar a creer que la violencia es una buena forma de resolver los problemas, porque en muchas de las emisiones televisivas se crea un falso sentido de la realidad, donde no se discriminan situaciones entre la vida real y la fantasía, además de promover comportamientos que ridiculizan o agreden a los participantes en determinados programas con el fin de divertir al espectador (llámense telenovelas, programas en los que “participan” los espectadores, “concursos” televisivos, sólo por nombrar algunos cuestionables ejemplos, donde los consumidores de estas transmisiones son utilizados como objetos de burla).

Gracias al manejo ahora tan perverso de los medios de comunicación en masa, no sólo se ha desvirtuado la información, se ha moldeado y enseñado a la gente que existen “mundos paralelos” o lejanos al que nos rodea. La reorganización del tiempo y espacio, además de los mecanismos de desenclave,⁷ radicalizan y universalizan los rasgos institucionales preestablecidos de la modernidad; sirven, además, para transformar el contenido y naturaleza de la vida social cotidiana.⁸ Este tipo de enseñanza conlleva el aletargamiento, la indiferencia, el poco compromiso de las respuestas de las personas ante la inequidad, la injusticia, el dolor y la necesidad de los otros y son producto de todas esas horas que los espectadores, audiencia o usuarios de los medios de comunicación masiva han dedicado a observar, a aprender e imitar a actores o personajes (que debemos traducirlas en estímulos) de televisión.

⁷ Giddens (1991: 30) define el desenclave de las instituciones sociales como “La extracción de las relaciones sociales de sus circunstancias locales y su rearticulación en regiones espacio-temporales indefinidas, implica la tremenda aceleración del distanciamiento en el tiempo y el espacio”.

⁸ Al respecto, mucho han tenido que ver, sobretodo, las cadenas televisivas y sus contenidos, que en un primer momento han provocado el acercamiento entre pueblos y personas; sin embargo, el manejo de la información, así como el desarrollo de investigaciones en torno a dicho manejo, ha modificado el sentido del acceso y su manejo informativo.

Según Adolphs (1999, 2001, 2003 *apud* Olson 2008) y Frith (2007), primero se identifica el estímulo y se evalúa para formar una representación global. Este tipo de representación es el resultado de un proceso de categorización, es decir, de identificación y etiquetado de los estímulos. La forma en que se categoriza el estímulo determina la respuesta del sujeto y su posterior comportamiento. La categorización es un proceso automático que escapa al control consciente del sujeto, como lo es también la identificación de los estímulos visuales, se trata de un proceso inducido por el estímulo o “proceso ascendente” (Escandell Vidal 2009).

Los medios ofrecen acceso a situaciones con las que el individuo podría no entrar nunca en contacto personal, como lo señala el profesor de comunicaciones Meyrowitz acerca de la problemática del desenclave, manifestado como:

[...] el no sentido del espacio generado por los medios de comunicación electrónicos, debido a que alteran la geografía situacional de la vida social. Como resultado, la unión tradicional entre circunstancia física y situación social ha quedado minada; las situaciones sociales mediadas construyen nuevas formas de participación común y nuevas diferencias (1985 *apud* Giddens 1991: 110).

Por lo tanto, existen influencias “normalizadoras” (sobre todo en forma de mercantilización) que influyen de forma determinante en la elección de un estilo de vida y tiene una importancia creciente para la constitución de la identidad del Yo que norma la actividad de cada día. No debemos olvidar que la modernidad crea diferencia, exclusión y marginalización y que los poderes son ejecutados en dirección de la creciente homogenización cultural. Según Giddens (1991), el secuestro de la experiencia significa que, para muchas personas, el contacto directo con acontecimientos y situaciones que vinculan la vida individual a cuestiones más amplias de moral y finitud es escasa y fugaz.

Los mecanismos comunicacionales fluyen en la cotidianidad de los sujetos de la siguiente manera: el individuo no sólo debe estar preparado para interactuar con otros en espacios públicos donde se espera que su comportamiento esté a la altura de ciertos criterios generales sobre las situaciones de cada día, sino que deberá ser capaz de mantenerlo de forma apropiada en una multiplicidad de ámbitos o lugares diversos. Este hecho ha llevado a algunos autores a suponer que está fundamentalmente escindido, ya que mencionan que los individuos tienden a desarrollar múltiples “Yoes” en los que no existe un núcleo interno o identidad propia contra el mantenimiento de constantes apariencias o presencias de la personalidad a través de situaciones variadas de interacciones, diversos estudios relacionados han corroborado que esto no es así, pues la constante del “Yo”

conservado en diferentes situaciones, es uno de los principales medios con que ordinariamente se preserva la coherencia de la identidad del Yo (Giddens 1991).

Contrariamente a lo que en cada sociedad se busca de cada persona, los medios de comunicación de masas marcan el estándar de los modos de vida a los que, según se supone, todos deben aspirar; se muestran estilos de vida de la clase pudiente que de una manera u otra se retratan como dignos de emulación (Giddens 1991). Considerando que quienes representan la mayoría, por lo general, no tienen acceso a los recursos necesarios para adquirir modos de vida que se tornan inalcanzables, a pesar de ser un “modelo” a seguir. Aunado a lo anterior, Goffman (1971: 24) señala que “[...] la organización social versa sobre el principio de que todo individuo que posee ciertas características sociales tiene un derecho moral a esperar que otros lo valoren y lo traten de un modo apropiado”. Luego entonces, se genera un fenómeno contradictorio que consiste en lo que Boudin (2010: 17) describe como invisibilidad social:

Si el sujeto no ve, ello responde a una doble razón: su percepción está condicionada por marcos sociales, el objeto no percibido obedece a condiciones políticas de aparición. Así, este proceso deviene en ser importante cuando los objetos invisibles son personas. Una vez identificada la invisibilidad, por la mediación de una interpretación, ésta se presenta como un signo que mutila la existencia de las personas sometidas

Entonces, tras la alineación, explotación, dominación, el desprecio social, la invisibilidad será la última categoría, el reconocimiento revertido al desconocimiento. El resultado consiste en que “la invisibilidad produce una herida psicológica y moral que se identifica con una forma de violencia ordinaria” (*ibidem*: 27).

Como respuesta, o tal vez por la necesidad de continuar con el proceso de alienación de los individuos, en las sociedades modernas se acude y se han utilizado estudios de mercado para conocer más profundamente el modo de consumo entre los ciudadanos y las decisiones que intervienen en esta práctica.

A partir de ello, el trabajo de muchos especialistas en mercadotecnia se ha concentrado en adquirir la habilidad y la experiencia que les permite aprender a transferirle a sus productos un verdadero significado simbólico y afectivo de manera tal que el interés por el mundo se redirige hacia el Yo como preocupación central y con esto los aspectos de interés colectivo como la conciencia política quedan destituidos, lo que Giddens (1991) considera como un “amaestramiento social” sin necesidad de la imposición de regímenes disciplinarios, es aquí donde yace la relación entre las estrategias del mercado, cada vez más invasivas y la

transformación de los sujetos que consumen; siendo esto a su vez un factor de cambio en la empatía entre los individuos.

Finalmente estas modificaciones en el Yo tienden a ser devastadoras al momento de conformar y sobrellevar las relaciones, pues las implicaciones en la personalidad se presentan como trastornos debido al sentimiento de malestar difuso caracterizado por “[...] un sentimiento de vacío interior y de absurdidad de la vida, una incapacidad para sentir las cosas y los seres” (Lipovettsky 1986: 76).

Retomando el ejemplo de la televisión sobre las altas cifras de exposición a su contenido, en cierto sentido, han desencadenado la nulificación de visibilizar a los demás, de menospreciar la cooperación, el apoyo y las necesidades se reducen a aquellas de índole personal, por encima de las de los demás, así:

La personalidad narcisista tiene sólo una comprensión borrosa de las necesidades de los demás y en ella chocan entre sí sentimientos de grandiosidad y de vacío [...]. Al carecer de compromiso pleno con los otros, el narcisista depende de una constante inyección de admiración y aprobación para reforzar un sentimiento inseguro de su propia valía (Giddens 1991: 218).

Por otra parte, los límites de la marginación se establecen en relación con aquello que se muestra como “socialmente deseable”, la belleza, la esbeltez, etcétera, son un claro ejemplo del exacerbado culto a la juventud, continuamente mostrado como ícono en los medios masivos, desplazando y subvalorando la imagen de las personas, exaltando únicamente su apariencia, sin tomar en cuenta que tal marginación repercute en la anulación de la persona, por lo que su conocimiento, su experiencia y todo aquello que lo conforma como parte de una sociedad queda reducido, incluso invalidado en la vida moderna.

Así, en este incesante modo de vida de consumo, uso y deshecho, las personas, los cuerpos, son arrastrados por la necesidad de reinventarse continuamente; sin embargo, la satisfacción total es difícil de alcanzar, el mercado se alimenta de la misma infelicidad que genera, pero a pesar de que el sufrimiento crezca, estos sistemas de consumo encuentran difícil cambiar sus estrategias, pues el consumidor es indispensable para preservar la continuidad de estos modelos (*op. cit.*).

En cuanto a la consciencia temporal, el cambio se muestra en la misma dirección:

La apatía hacia el pasado, la renuncia al futuro y una determinación de vivir al día son un punto de vista que se ha hecho característico de la vida ordinaria en circunstancias dominadas por influencias sobre las que los individuos sienten que poseen poco o ningún control (Giddens 1991: 220).

El *Homo sapiens* contemporáneo tiene la virtud de expresar su libertad, así el pensamiento imperante de “para qué esperar a tener mañana lo que se puede tener hoy” se consume en desear-adquirir-poseer-desechar; acciones que constituyen el motor del ciclo recursivo de sus insaciables deseos estremecidos por el ambiente seductor del consumo. Poco a poco la coraza de adquisiciones personales fragmenta los vínculos sociales, quedando hoy más que nunca desprotegidos ante las adversidades, pues como individuos narcisistas el horizonte se reduce a la lucha de todos contra todos.

Un ejemplo extremo de lo anteriormente escrito son los niños que en últimas fechas han sido sujetos de noticias de primeras planas (los que juegan al secuestro, al narcotráfico, etcétera), quienes han nulificado al otro por desear tener de manera inmediata dinero; no sabemos más acerca de sus motivaciones pues argumentaron que lo hicieron para obtener algo fácilmente.

Como lo hemos mencionado en párrafos anteriores, las pautas de comportamiento que moldean al individuo tienen sus inicios desde los primeros días de vida, el hábito y la rutina tienen un cometido fundamental. Entre la rutina, la reproducción de convenciones coordinadas y los sentimientos de seguridad ontológica en las posteriores actividades del individuo se establecen vínculos nucleares: “Desde esos vínculos podemos ver por qué ciertos aspectos, aparentemente menores, de las rutinas diarias se cargan de significado emocional. Pero al mismo tiempo, las rutinas diarias expresan ambivalencias profundas presentes en su compromiso temprano con la disciplina” (Giddens 1991: 55).

Es en estas tempranas etapas en las que la indiferencia, la negación y la discriminación empiezan a cobrar relevancia en la vida de los sujetos, conformando situaciones que se asumen y se manifiestan sin una clara noción de sus implicaciones sociales. Actualmente, la indiferencia civil sirve para mantener actitudes en una falsa confianza generalizada de la que depende la instauración de políticas públicas. Esta actitud es una parte esencial de la manera en cómo se promueve la modernidad en la interacción diaria.

CONSIDERACIONES FINALES

En estas cuartillas hemos reflexionado acerca de la empatía y los procesos por los cuales los seres humanos aprenden a ser o dejar de ser solidarios con los demás, como bien se ha señalado, a los ciudadanos potencialmente activos hay que “distraerlos de sus intereses reales, y confundirlos deliberadamente sobre el modo en que funciona el mundo” (Cohen 1991: 7 y Chomsky 1988 *apud* Olson 2008).

Estamos de acuerdo con estos autores en que el cerebro humano es el primer objetivo de esta “crianza” perversa, o propaganda de la negación del otro. Como seres humanos no hemos tenido la capacidad intelectual y cultural suficiente para comprender lo delicado que es el proceso de enseñanza-aprendizaje de la empatía hacia los demás, del ser solidario. Apostamos, egoístamente, que nuestra supervivencia como sujetos sociales depende nada más de nosotros, como sujetos únicos. Nos negamos a ver más allá de nuestra persona, egoístamente hemos aprendido a nulificar las necesidades de los demás. Aun cuando desde muy diversas disciplinas científicas se ha ponderado el proceso enseñanza-aprendizaje de la socialización, de la empatía, de manera frecuente nos encontramos con individuos a los que nadie les enseñó lo importante de reconocer a los demás, no sólo como individuos, sino en sus necesidades. Posiblemente, lo que más nos ha llamado la atención es cómo la red de neuronas espejo del cerebro humano, se convierte en el objetivo al que va dirigida esta fabricación de ignorancia e indiferencia porque la exposición a determinadas nuevas verdades acerca de la empatía (pruebas incontestables de nuestra naturaleza moral innata) suponen una amenaza directa a los intereses de las élites. Como ciudadanos estamos inmersos en un sistema político-económico que intenta mantener a la gente a raya con un fantasma ideológico, basándose en la noción de una identidad construida sobre los valores de mercado. Es decir, dada la aparente universalidad de esta predisposición biológica hacia la empatía, en contraparte se cuenta con una potente línea de fondo científica desde la cual se lanzan, promueven, diseñan nuevas formas de manipulación por parte de las élites, estableciéndose este culto a la crueldad.

La cultura capitalista global premia la acumulación y los beneficios, no sólo devalúa la actitud empática, sino que da lugar a un carácter atrofiado en el cual todo se transforma en una mercancía, no solamente las cosas, sino los propios individuos. La misma capacidad de practicar la empatía se subordina a nuestra religión de estado del mercado, en el cual cada persona busca su beneficio en una competencia alienante e interminable, ávida de mercancías, o de obtener algo a cambio de nuestras posibles acciones.

La disminución de la empatía dentro de la cultura reduce el comportamiento prosocial y la cohesión social. Históricamente nos la han negado de forma sistemática, anulando poco a poco un compromiso más profundo y más gratificante con este sentimiento moral (Olson 2008).

Por lo tanto, se ha mostrado que nuestra capacidad social no es simplemente el resultado del funcionamiento de un mecanismo cognitivo general en el que se

aprendan reglas sociales; al contrario, nuestro cerebro contiene sistemas neuronales especializados en el tratamiento de información social. Existe también un mecanismo específico de aprendizaje implícito que consiste en la formación de millones de cadenas estables de neuronas-espejo; este aprendizaje no es consciente, sino que se trata de una respuesta innata y automática. Por otro lado, se ha comprobado que la cognición social no sólo responde a la percepción (a las propiedades físicas de los estímulos), también es sensible a categorías sociales aprendidas, sin una motivación perceptiva directa. El procesamiento de estímulos socialmente relevantes incluye tanto procesos automáticos como procesos conscientes. En la comunicación intercultural, los procesos controlados por el individuo adquieren un especial protagonismo, ya que una parte del éxito en la comunicación intercultural pasa por la necesidad de formarse una representación explícita de las nuevas pautas y sus condicionamientos, así como la necesidad de poner en marcha un segundo proceso consciente de autorregulación que elimine e inhiba algunos procesos automáticos (Escandell Vidal 2009).

Consideramos necesaria la reflexión sobre este tema vislumbrado desde nuestra formación en el campo de la antropología física con la intención de no sólo retomar, sino reforzar el compromiso ético que implica nuestra labor dentro de las ciencias sociales manifestando lo anterior, ya que muchas de las técnicas de mercado que son empleadas en beneficio del consumo son sustentadas también por conocimientos aportados desde las ciencias sociales, por científicos sociales.

REFERENCIAS

ÁLVAREZ-LARRAURI, SELENE Y LEONARDO MACELLARI

2009 Bio-intersubjetividad, violencia simbólica y campo familiar, *Cuicuilco*, 16, (45): 193-209, México.

BEKOFF, MARC

2007 Are you feeling what I'm feeling?, *New Scientist*, 194: 42-47, Reed Business Information, Inglaterra.

BOUDIN, JEAN CALUDE

2010 La invisibilidad social como violencia, *Philosophica*, 54: 15-33.

BOURDIEU, PIERRE

2006 *Las estrategias de la reproducción social*, Siglo XXI, Argentina.

BOWLES, SAMUEL Y HERBERT GINTINS

- 2005 Can self-interest explain cooperation?, *Evolutionary and Institutional Economics Review*, 2, 1: 21-41, <http://link.springer.com/article/10.1441/eier.2.21>, consultado el 5 de octubre de 2013.

DECETY, JEAN Y CLAUD LAMM

- 2006 Human empathy through the lens of social neuroscience, *The Scientific World Journal*, 6: 1146-1163, <http://www.hindawicom.com/journals/tswj/2006/280363/>, consultado el 5 de octubre de 2013.

ESCANDELL VIDAL, VICTORIA M.

- 2009 La comunicación intercultural: aspectos cognitivos y sociales, *Actas de las Jornadas de Formación del Profesorado en la Enseñanza de L2/ELE y la Literatura Española Contemporánea*, Edita Ministerio de Educación-Universidad de Sofia San Clemente de Ojrid: 5-23.

FRITH, CHRIS D.

- 2007 The social brain?, *Philosophical transactions on the Royal Society*, <http://rstb.royalsocietypublishing.org/content/362/14>, consultado el 5 de octubre de 2013.

GALLESE, VITTORIO, LUCIANO FADIGA, LEONARDO FOGASSI Y GIACOMO RIZZOLATI

- 1996 Action recognition in the premotor cortex, *Brain*, 119: 593-609.

GIDDENS, ANTHONY

- 1991 *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Península, Barcelona.

GOFFMAN, ERVING

- 1971 *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires.

GRAFMAN, J.

- 2007 If it feels to be good, it might be only natural, *Vedantam*, www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2007/OS/27, consultado el 5 de octubre de 2013.

HAUSER, MARC D.

- 2006 Moral minds: How nature designed our universal sense of right and wrong, *Journal of Bioeconomics*, <https://www.researchgate.net/publication/2262115>, consultado el 5 de octubre de 2013.

- IACOBONI, MARCO, ISTVAN MOLNAR-SZAKACS, VITTORIO GALLESE, GIOVANNI BUC-CINO, JOHN C. MANZZIOTA Y GIACOMO RIZZOLATTI
2005 Grasping the intentions of others with one's own mirror neuron system, *PLOS Biology*, vol. 3, núm. 3.
- KOENINGS, M., L. YOUNG, R. ADOLPHS, D. TANEL, F. CUSHMAN, M. HAUSER Y A. DAMASIO
2007 Damage to prefrontal cortex increases utilitarian moral judgements?, *Nature*, 7138: 865-866.
- LIPOVETSKY, GILLES
1986 *La era del vacío*, Anagrama, México.
- MARTINOVSKI, BILYANA
2006 Empathy and theory of mind and body in evolution, conferencia presentada en *Cognitive Science Conference*, Vancouver, Canadá.
- OLSON, GARY
2008 De las neuronas espejo a la neuropolítica moral, *Polis*, 20: 313-334, <http://www.scielo.cl/pdf/polis/v7n20/art17.pdf>, consultado el 7 de octubre de 2013.
- PIERCE, J.
2007 Mice in the sink: on the expression of empathy in animals, www.environmentalphilosophy.org, consultado el 6 de octubre de 2013.
- PRESTON, STEPHANIE D. Y FRANS B. M. DE WAAL
2002 Empathy: Its ultimate and proximate bases, *Behavioral and Brain Sciences*, 25: 1-20, Cambridge University Press.
- RIZZOLATTI, GIACOMO Y LAILA CRAIGHERO
2004 *The Mirror-Neuron System*, Harvard University, 27: 169-92.
- RODRÍGUEZ, ROBERTO
2014 Televisión, televisoras y crisis educativa en México, *Campus Milenio*, 542, <http://www.ses.unam.mx/publicaciones/articulos.php?proceso=visualiza&idart=1911>, consultado el 21 de junio de 2015.

TRIVERS, ROBERT L.

1971 The evolution of reciprocal altruism, *The Quarterly Review of Biology*, 46 (1): 35-57, <http://www.researchgate.net/profile/Robert-Trivers>, consultado el 7 de octubre de 2013.

